

viaje al azar



Viaje al azar

Magda Rodríguez Martín

Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.
C/ Millán de Priego, 41, P 14, 1 N
23004 Jaén-España
Tel.: +34 953 08 76 80
www.ittakus.com



VIAJE AL AZAR

Estaba decidido, me marchaba. No quería vivir sola en aquella casa tan grande donde las habitaciones de techos altísimos, las camas enormes, viejas, las escaleras anchas de escalones crujientes que resonaban como misterioso maullido de gato fantasmal me encogían el ánimo. No soportaba la soledad de aquel caserón construido en tiempos inmemorables aislado del pueblo como si sus habitantes hubieran querido permanecer siempre apartados del calor que proporciona la comunicación con otros semejantes. Los deseos de huir se hacían imperiosos y una sensación de ahogo me impulsó a buscar aire puro en el extenso y descuidado jardín. Si es que se podía llamar jardín a aquel erial porque los hierbajos que lo cubrían por aquí y por allá y aquel olivo añoso de tronco retorcido, con ramas parecidas a garras que siempre me habían asustado, era lo único que lo adornaba. Desde que lo vi por primera vez cuando Juan me llevó allí, a la casa de sus ancestros, aquella casa que ahora, era toda mía, su presencia me causó escalofríos.

Desde aquel exterior soleado en el que me sentía más segura, volví a mirar la pesadez del edificio. Una casa demasiado grande que semejaba un desafío. Era evidente que no la quería. Sin embargo, tenía que aceptar que el silencio espeso de aquel lugar me había hecho reconocer la verdad de mi vida.

Me trasladé a la casa de Valdeolivas en la provincia de Cuenca, huyendo del calor de Madrid con la idea de pasar allí los tres meses de verano. El ruido de la ciudad y el runrún de los coches con las ventanas abiertas, sonaba en el piso de la capital, como una marea estresante que no paraba ni aunque la gente se fuera de vacaciones, pero la soledad que encontré en aquel lugar, le proporcionó a mi pensamiento suficiente tiempo libre para ver con claridad lo que me estaba sucediendo. No huía sólo del calor y del ruido, huía de mí misma, de mi soledad interior, de los recuerdos, de mi propia vida. Entre aquellos pasillos alfombrados y silenciosos que guardaban escondido en sus paredes el hálito de tantas vidas concluidas, descubrí que me hubiera gustado ser distinta, no ser yo, tener otros recuerdos diferentes a los míos, ser otra sí... ser otra que no tuviera nada por lo que sufrir... hasta que admití que aquello era una necesidad. Jamás podría ser otra. Tenía que aceptar los sucesos acaecidos y vivir con ellos, me pertenecían exclusivamente, estaban pegados a mí como mi propia piel.

Volví a fijarme en el olivo. ¿Por qué no lo habrían cortado? – pensé. Parecía incólume. No moría nunca. No sabía por qué lo odiaba. Tal vez porque era un ser vivo con enormes y cuantiosos secretos escondidos.. ¡Cuántos hechos, incidentes y sucesos ocurridos a su alrededor tenía grabados en su corteza! Me pareció que todo este conocimiento le proporcionaba un desmesurado poder que, en realidad, era lo que me ocasionaba el rechazo. Lo imaginaba como un vigilante hipócrita siempre atento a los acontecimientos y conversaciones que se desgranaban junto a su retorcido tronco. Lo aborrecía porque sabía demasiado, porque podía reírse de todas las miserias humanas mientras él continuaba allí, intacto, juzgando las acciones ajenas lo mismo que un inquisidor arbitrario. Sí, lo odiaba, a él y a todo la soledad que, en aquel momento, evocaba todo el entorno... Me marchaba...Sí.

Vendería la casa. No la quería. No estaba segura de si aquellas sensaciones de rechazo eran percibidas porque aquel lugar las emitía o si era mi situación anímica del momento la que me ocasionaba aquel choque, sólo era consciente de una sensación interna muy fuerte que me impulsaba a huir. Quería proponerme la vida en otro lugar aunque fuera sólo temporalmente como si eso pudiera darme la seguridad en mi misma que necesitaba y que había perdido. Y para eso, me dije, necesitaba dinero; iba a ser preciso vender algo.

Después de la muerte de Juan, había tenido muchos gastos y pocos ingresos y aunque conservaba cosas de valor, no deseaba desprenderme de ellas, eran recuerdos amados que habíamos conseguido Juan y yo durante nuestra vida en común. Tenía que encontrar algo con lo que conseguir dinero de una manera rápida.

Entré en la casa examinando las cambiantes ideas que surgían en mi mente. Parada en medio del largo pasillo alfombrado, me estremeció el olor a moho que desprendían las paredes. Miré mis manos que mantenía juntas una sobre la otra como si esta postura me infundiera valor. En el anular de la derecha, destacaba el anillo de brillantes y eso me dio la idea. Las joyas. De ahí sacaría los medios necesarios para realizar el viaje que tenía en mente.

La decisión envolvió mi ánimo con un vendaval de aire fresco; eran gemas antiguas y valiosas heredadas por Juan de no sabía quién. Recordé a un joyero amigo de Juan que tenía un establecimiento en Cuenca, estaba segura de que él me las compraría.

No sentí ningún remordimiento cuando escogí las que menos me gustaban, yo no era amante de las joyas, usaba las imprescindibles y siempre por no incomodar a Juan, así que no me proporcionó disgusto guardarlas en mi bolso y llena de seguridad y entusiasmo por haber encontrado una solución a mi problema, me dirigí al garaje donde estacionaba mi pequeño Clio rojo.

Sentada al volante no pude evitar darle unas palmaditas cariñosas, le tenía afecto. Cuántas horas de felicidad había pasado allí, al lado de Juan. Él siempre me había dicho que era un coche especial. Me lo regaló en mi cumpleaños hacía ya un montón de años mientras me explicaba como lo había comprado de segunda mano en un concesionario cuando, al verlo, tuvo una corazonada. ¡Cuántos viajes felices habíamos hecho en su interior! ¡A tantos sitios! Juan siempre decía que llevábamos un pasajero clandestino. Alguien muerto en su interior en algún accidente. Un ser femenino, una mujer rubia, decía. A mí me hacía reír la ocurrencia aunque siempre miraba, con cierta suspicacia, hacia el asiento trasero por si, de verdad, veía a alguien y aunque nunca la vi, sin embargo, estaba segura de que Juan no mentía. Era un hombre intuitivo, con premoniciones muy marcadas que acostumbraban a cumplirse. Ahora ya no pensaba en eso. Me había quedado sola. Ya no podía reír ni comentar con Juan sus extrañas ideas.

Me percaté de que estaba cerca de Cuenca al dejar atrás el campo de girasoles.

El joyero, amigo de Juan, no me defraudó, me pagó bien las joyas y, después de ingresar el cheque en el Banco, comencé a proyectar el viaje con más convencimiento. Tenía que ser una temporada larga. Tal vez todo el invierno. A un sitio de mar. A Juan le gustaba mucho Santander pero no sabía si un lugar tan lluvioso sería conveniente para mi estado de ánimo. Alicante o Málaga serían mejor, quizás. Pero eran ciudades demasiado turísticas, aun en

invierno. Yo necesitaba estar sola, sin bullicio, para encontrarme otra vez a mí misma.

Con todos estos pensamientos enredando en mi mente, fui consciente de que me había perdido. No recordaba donde había aparcado el coche. Miré a un lado y a otro para ubicarme. Cerca se veía el Júcar, más allá, la serranía y en la misma esquina , la iglesia. Retrocedí calle arriba hasta que lo encontré en un descampado habilitado para aparcamiento. ¡Mi pequeño Clio! Me acerqué con prisas hasta él y con cierta ternura, lo acaricié como si tuviera vida.

En el camino de vuelta hacia el pueblo, me paré en un kiosco a comprar varios periódicos antes de acercarme a un Mesón para comer. Mientras tomaba el café, comencé a echar un vistazo a los anuncios de alquiler de casas en diferentes ciudades pero, una intuición extraña, me obligaba a desecharlos. Me parecía mucho más interesante encontrar mi destino dejándolo a la ventura, y con esta esperanza me dirigí otra vez a la casa de Valdeolivas para pasar mi última noche en el caserón.

Me despertó el quiquiriquí de los gallos a primera hora de la mañana. Después de poner orden en lo poco que estaba revuelto, cerré la casa y entregué aquella llave grande que parecía la de una iglesia, a la Sra. Ana, la mujer que cuidaba de la finca cuando nadie habitaba en ella.

Con un incipiente optimismo, volví a coger el pequeño Clio y me encaminé por la N400 hasta coger la N III. No sabía a dónde iba. Lo dejaba al azar y esta incógnita, paradójicamente, me llenaba de un inefable sosiego. A mi memoria llegaron unas palabras del Eclesiastés que decían: "Todo tiene su tiempo y todo lo que se quiere debajo del cielo, tiene su hora". Mi tiempo comenzaba con la decisión de aquel viaje a ninguna parte. Se abría la primera puerta, debía confiar en la suerte.

Sin darme cuenta me encontré frente a mi casa de Madrid. El colegio ubicado en la acera de enfrente, todavía permanecía cerrado. Eran los primeros días de Septiembre y faltaba un tiempo para que comenzaran las clases. Por suerte, se notaba un poco más de silencio de lo habitual. El piso lo encontré recogido, limpio, tal como lo había dejado. Las persianas bajadas, atenuaban el calor que todavía se sentía en la gran ciudad y aquel silencio inesperado me sorprendió diciéndome a mí misma palabras de reposo: "Avelina, mejor será que te tumbes un rato". Sin desvestirme, descansé mi cuerpo sobre la cama y este gesto me hizo sentir la acuciante necesidad de recuperación que las horas de conducción me estaban demandando.

El reloj de la mesita de noche marcaba las cinco de la madrugada cuando me desperté. Había dormido ¡doce horas seguidas!.Y pensé en esa paz que nos acoge al llegar a nuestro hogar, donde todos los músculos se relajan y existe una compenetración con el ambiente habitual, ese que conoce todas nuestras debilidades como si fuera el amigo más íntimo. Con esa tranquilidad de estar en mi ambiente, despecé mi cuerpo ya relajado y después de darme una larga y reconfortante ducha, me vestí con unos vaqueros cómodos, una blusa de punto y un chaleco sin mangas. La nevera, vacía, me invitó a desayunarme con un vaso de agua que llenó de gorgoteos mi estómago. Escogí unas cintas de música para amenizar el viaje y, otra vez con la maleta, fui en busca de mi querido Clio rojo. No podía asegurar que me sentía feliz pero sí animada. Salí por el Norte hacia El Escorial, seguiría hasta Avila subiendo por el Puerto de la Cruz Verde y en algún sitio haría un alto para tomar un café, después decidiría camino.

Todavía no eran las nueve de la mañana cuando llegué a las Navas del Marqués. El estómago vacío reclamaba a gritos algo sólido por lo que me vi obligada a parar en el Bar de la carretera a tomar un café con leche y un croissant.

El tiempo había pasado con rapidez. En la carretera no encontré mucho tráfico, en realidad nada, y pude conducir a una velocidad que me permitió contemplar como se desvelaba el paisaje ante mis ojos a medida que la luz diurna se hacía más intensa. No necesité música para entretenerme ni puse la radio. Sólo me inquietaron los martilleos en las sienes cuando los pensamientos se revolvián furiosos contra tantos recuerdos amargos.

Juan murió en el mes de Diciembre último, faltaba poco para que se cumpliera un año. De un infarto, dijeron. Yo me di cuenta al ver como se le caía de las manos el periódico que estaba leyendo sentado tranquilamente en una butaca del salón. Recordaba todos aquellos momentos como un sueño muy lejano, sin embargo, los sentimientos que me producían eran dolorosamente actuales. Las llamadas telefónicas urgentes, la llegada de la ambulancia, las carreras, la espera en el Hospital con la increíble noticia final. Todo empañado por una neblina de algo irreal y al mismo tiempo tan notorio. Pasé dos meses sin salir de casa. Desesperada. Comía lo mínimo. Sólo deseaba dormir y soñar con Juan. Un día vino de Bilbao mi hermana Merche. Al abrirle la puerta lo primero que vi fueron sus brazos extendidos y una mueca preparada de compasión. Le tiré a la cabeza el florero que estaba sobre la consola del recibidor. Por suerte, se estrelló contra la puerta. Se marchó enfadada y no había vuelto a verla.

No soportaba la compasión farisaica. En aquellos momentos tan difíciles, me parecía más una burla que una ayuda. Nunca la acepté. Ni siquiera admití el consuelo que intentó darme el cura después de los funerales recordándome con las palabras de la resurrección, el reencuentro en la otra vida. Poco faltó para que lo estrangulara. Recordaba la rabia con la que le respondí mientras los amigos me sujetaban: "Lo quiero ahora no en la otra vida".

Corté los recuerdos con la realidad prosaica de buscar el dinero para pagar el desayuno y volví a conducir carretera adelante. El tráfico comenzaba a ser un poco más intenso. Gente que vuelve y va de vacaciones- pensé. Pero yo tenía todo el tiempo por delante. No había obligación que me atara a ninguna parte. Estaba demasiado ocupada y al mismo tiempo confundida por reorganizar mi vida. Debía relajarme, lo sabía. Me lo decían las manos agarrotadas que asían el volante con fuerza, unas manos que reclamaban un poco de serenidad y disciplina en mi cabeza y que al no conseguirlo, la desesperación por la ausencia de Juan, aumentaba descontrolada.

Dejé atrás las murallas de Ávila y al llegar a la bifurcación de la carretera, indecisa, frené imprudentemente. El coche que me seguía dio un fuerte bocinazo al sobrepasarme haciendo al mismo tiempo, un gesto obscuro con la mano. No me inmuté. Ignoré la grosería y al conductor enfadado que, al fin y al cabo, reconocí tenía razón.

En la confusión, no me percaté de que había escogido la carretera que llevaba hacia Salamanca.

El trayecto hasta Salamanca se hizo largo. Sólo la travesía de los pueblos con sus extraños nombres distraían la monotonía de la conducción por un paisaje llano de campos agostados a ambos lados de la carretera y de vez en cuando un grupo de álamos daban la sensación de la llegada a un oasis.

Cuando faltaba poco para llegar a Salamanca, uno de los letreros indicadores, me advirtió de la cercanía de Alba de Tormes y decidí descansar un rato en el pueblo. Giré a la izquierda para dirigirme hacia Peñaranda de Bracamonte y a las doce aparcaba el Clio cerca de la iglesia de las Carmelitas de Alba de Tormes. No era la primera vez que estaba allí. Recordaba vagamente algún viaje con amigos, antes de que Juan y yo nos casáramos, donde, después de visitar las antiguas iglesias, compramos algunas piezas de cerámica popular. Andando mientras recordaba, subí por la cuestecilla hasta la Plaza donde está el Monasterio en el que se venera el sepulcro de Santa Teresa y entré. Aun siendo muy perceptible la espiritualidad en el ambiente del pueblo, al entrar en el templo noté un cambio brusco. Aquel silencio sobrenatural, la mística soledad, llenó mi alma de una profunda tranquilidad beatífica. No había nadie en el interior, sólo el canto gregoriano de las monjas de clausura que no se podía adivinar de donde procedía, aumentaba la beatitud. Mis pasos resonaban en el templo cual si fueran las pisadas descompuestas de un gigante y me senté en un banco sin poder rezar. En aquella celestial soledad, sólo pude vaciar mi mente de preocupaciones y el espacio libre que quedó, ahora limpio, lo ocupó por completo la fuerte energía que se expandía por el lugar hasta que se adueñó de todo mi ser.

Así, en aquel éxtasis, estuve no sé el tiempo sin apercibirme de los pasos de un fraile que me avisó del cierre de la iglesia. La calle, solitaria, me invito a pasear despacio hacia el río. Me sentía transformada, llena de paz. Apoyada en la barandilla, mirando como corría el caudal del Tormes, comparé los momentos experimentados en el templo con los que había intentado conseguir unos cuantos meses atrás, cuando asistí a unas clases de Yoga.

La vecina que vivía en el segundo piso de nuestra casa de Madrid fue la que me aconsejó para que me apuntara a las clases. Apenas la conocía. Era una señora mayor, muy silenciosa, poco dada a conversaciones. Un día coincidimos en el portal y cuando se acercó para darme el pésame, me habló muy suavemente, con unas palabras que fueron las únicas, entre tantas como había oído, con las que sentí algo de consuelo.

-Sé que no hay palabras que sirvan para consolar en estos momentos- me dijo acariciándome una mano que tenía cogida entre las suyas *-pero debe sobreponerse. Haga meditación, vaya a unas clases de Yoga, pruébelo.*

No dijo más. Me dio unas palmaditas en el dorso de la mano, un pequeño apretón y continuó su camino. Aquello me dio que pensar. Necesitaba ayuda para superar la pérdida de aquel amado compañero y busqué en un periódico anuncios sobre la materia. Llamé por teléfono al Centro que me pareció ofrecía más garantías y me apunté a las clases. Y sí, fueron

eficaces. Aprendí a manejar la mente, a poner en su sitio los pensamientos enredados y a controlar la respiración, pero cuando llegó el verano, creída de que ya podía con todo, me fui a Cuenca. Allí, en aquella casona vieja, los recuerdos deprimentes surgieron otra vez y volví a perder el dominio sobre mis pensamientos. La tristeza, la indiferencia por todo cuanto me rodeaba, la impotencia ante los sucesos inevitables, la amargura que me ocasionaba la falta de la compañía de Juan. Su comprensión, su bondad que ya no encontraría nunca. Su voz acariciadora hablando sobre aquella casa antigua que olía a moho con la que siempre bromeaba como la herencia de una tía soltera y desconocida de la que él era el sobrino preferido. Todo aquel cúmulo de pequeñas intimidades tan amadas y ahora perdidas irremisiblemente, dieron al traste con mi proceso de superación.

Avergonzada de mi misma, sequé las lágrimas que goteaban en la barandilla. No quería llorar, no quería sufrir. Odiaba aquel sentimiento de frustración que no podía reprimir. Indignada con mis propios sentimientos di media vuelta para dirigirme hacia donde tenía el coche aparcado. El reloj de pulsera marcaba la hora de comer. Me acercaría hasta Salamanca y allí terminaría de pasar el día.

El día era claro, soleado. La tarde comenzaba a llenar de gentío las calles de la antigua ciudad castellana después del descanso posterior al almuerzo. La mayoría eran turistas, fáciles de reconocer por sus espontáneas vestimentas y sus caras desorientadas. Me sentí anónima entre toda aquella variada muchedumbre y eso me alegró. Nadie me miraba. Nadie conocía los hechos de mi existencia. Seguro que no había quien se preguntara por qué estaba allí, paseando sola por las añejas calles. A mi alrededor, jóvenes o mayores, todos iban en grupos o parejas y al verlos, la añoranza y la soledad volvió a estrujar mi corazón.

A Juan lo conocí en la Facultad. Daba clases de Zoología. Físicamente no era un gran tipo pero me enamoré de su interior. Comencé a fijarme en él por el trato que daba a sus alumnos. Siempre amable, atento, dispuesto a cualquier consulta, a solucionar el más mínimo problema. Era bastante mayor que yo y nos fijamos el uno en el otro un día que coincidimos en la cafetería de la Facultad. Después las cosas se precipitaron. El día que murió mi madre le dije que me habían ofrecido un trabajo de Secretaria y dejaba de estudiar. Tenía que ganarme la vida. Ya había habido muchas conversaciones entre los dos por lo tanto, ambos sabíamos que la atracción era mutua. Una tarde, cuando ya había dejado la facultad, lo encontré a la salida de la oficina y poco después me propuso que nos casáramos. Aquel día fue el más feliz de mi vida, era lo que deseaba.

Siempre aprecié el respeto mutuo que tanto nos había unido. Nunca nos forzamos el uno al otro en ninguna circunstancia. Nos amábamos mucho, pero éramos individuales. Cada uno aceptaba las necesidades propias del otro, sus mutismos o secretos. Sin enfados ni exigencias. Nunca los hubo entre nosotros. Durante todo el tiempo de convivencia nos unió una firme y comprensiva confianza.

Una pareja joven que paseaban el cochecito con un bebé, distrajo por unos momentos mis pensamientos. Juan y yo no tuvimos hijos pero eso no fue un obstáculo a nuestra felicidad. Jamás nos preocupamos en pensar por qué eso no sucedía. No importaba. Nada nos empujaba a extender hacia otro ser el amor que nos unía. Tal vez por eso, ahora lo echaba tanto en falta. Me había quedado sin nada en donde liberar mi cariño. Un cariño que tenía acumulado en mi corazón sin posibilidades de consuelo. Ya no podía demostrar ni recibir amor.

Comenzaba a refrescar. La tarde declinaba y los colores irisados del anochecer veraniego, cubrían lentamente la ciudad que, paradójicamente, cada vez se hacía más ruidosa.

Comencé a sentirme cansada, con ese agotamiento anímico que producen las desgracias no superadas. Buscaría un Hotel para pasar la noche y, al día siguiente, continuaría viaje. Todavía no sabía donde iba. Todavía no sabía lo que buscaba.

Del equipaje que guardaba en el maletero del coche saqué una chaqueta de algodón de manga larga con la que me resguardé del fresco del anochecer. Mientras me la ponía vi en una esquina, unos cuantos metros calle abajo, el letrero alargado que anunciaba un Hotel. No tenía mucho que andar.

La cama resultó cómoda. Me dieron una habitación de matrimonio porque era la única libre y después de una noche de relajante descanso, me levanté sin prisas, me duché y antes de vestirme con la ropa que podía ser la adecuada, miré a través del balcón para ver el tiempo que hacía. El día estaba un poco nublado así que escogí un jersey de perle azul claro de manga corta con una chaquetilla haciendo juego. Cambié los vaqueros usados que, doblados ocuparon el fondo de la maleta, por unos azul marino de corte más femenino y por si acaso lo necesitaba, me hice también con un chal estampado en colores crudo y añil. Al mirarme en el espejo descubrí, un poco sorprendida, que tenía el pelo castaño con bastantes hebras blancas surgidas en muy poco tiempo y además, demasiado largo. Busqué en el neceser una moña elástica con la que sujeté el cabello en la nuca y volví a contemplarme en el espejo. Satisfecha con mi imagen, cerré la maleta dispuesta a abandonar el Hotel no sin antes desayunar en la cafetería. Cuando me senté al volante del Clio, ya mediaba la mañana. Me sentía fresca, limpia y saludable.

La salida de la ciudad indicaba Zamora hacia la izquierda y Valladolid hacia la derecha. Dejándome llevar por la intuición y creo que también por los recuerdos de mi estancia con Juan en aquella ciudad, me decidí por la última, la N-620.

Valladolid era una ciudad que no conocía a fondo; había estado varias veces con Juan aunque casi siempre de paso. En realidad como todo el recorrido que estaba haciendo ahora. La única diferencia consistía en que, entonces, sí sabía cual era el destino final lo que, en aquel momento presente, parecía impredecible.

Antes de ponerme en marcha comprobé que el depósito de gasolina estaba medio vacío, así que debía estar atenta al paso de una gasolinera. Según la guía de carreteras me quedaban algo más de cien kilómetros para llegar a la ciudad vallisoletana. No eran muchos.

Cuando ya me encarrilé por la carretera Nacional, puse en el cassette la cinta de Vangelis. Me gustaba su música. Armonizaba con la hora de la mañana, el ambiente ligeramente nublado y la temperatura tibia, sin embargo, a los pocos minutos tuve que pararlo. Aquellas notas me unían demasiado a la compañía de Juan y ese sentimiento de añoranza que no conseguía controlar, me enfurecía. Continuamente estaba presente la amargura del recuerdo. Intentaba convencerme a mí misma de que no era fácil olvidar tantos años de profunda unión, pero la idea no me consolaba. Para evadir el recuerdo, conecté la radio, cambiando emisora tras emisora, sin conseguir ningún alivio, la amargura seguía presente, así que la apagué y se hizo el silencio sólo roto por el ruido del motor que sonaba demasiado fuerte para ser normal, esto me hizo recordar que debía estar atenta al anuncio de alguna gasolinera, me preocupaba un poco el coche y aquel detalle, aunque no era agradable, fue lo único que me evadió de mis tristes evocaciones.

Al salir de Salamanca, aparte de haberme costado hacer entrar las marchas, comprobé

que e coche perdía algo de aceite. Y ahora, el extraño ruido del motor. Esperaba que no surgieran problemas.

En una gasolinera de un pueblo desconocido con nombre muy raro, -siempre había pensado que los nombres de los pueblos de España resultaban, como poco, sorprendentes- cargué combustible y aproveché para llenar el depósito de aceite. Más segura, continué camino.

El sol comenzó a lucir, parecía que iba a hacer calor pero al llegar a Tordesillas, unas nubes grises amenazaban lluvia. No paré. Aquel pueblo, aun sabiendo que no era justa en mis apreciaciones, no me gustaba. Siempre me había causado una sensación de desolación y no tenía el ánimo para eso. No comprendía por qué sentía esa desagradable emoción en aquel lugar. Tal vez era porque las dos veces que había estado allí fue en invierno, hacía un frío glacial y las calles estaban vacías, como si fuera un lugar abandonado por sus habitantes en el que sólo se oía el graznido de los grajos que sobrevolaban las antiguas iglesias o, tal vez, porque me identificaba y comprendía la trágica locura de la amante Reina Juana que acabó su triste vida cautiva en aquella ciudad. Fuera lo que fuese, aquel no era un sitio que complacía mi ánimo en aquel momento y huí lo más rápidamente que pude.

Al mediodía entraba en Valladolid. Seguía nublado. Era hora de comer y recordé un Mesón en el Paseo de Zorrilla donde, en cierta ocasión, había cenado con Juan.

Un empacho por la comida, quizás, demasiado copiosa, mezclado con unas tremendas ganas de llorar que me provocó un nudo en la garganta al ver que era la única persona que se sentaba sola a una mesa en el comedor del Mesón, precipitaron la salida del establecimiento. Para colmo de males, en la mesa en la que, aquella noche, ya lejana, había cenado en compañía de Juan, se sentaban ahora una pareja joven que despertó mi envidia por las miradas continuas demostrativas de un amor, a todas luces, recién descubierto. No cesaban de mirarse a los ojos y sonreír lo que me hizo ser más consciente de mi soledad. No esperé a terminar el café y salí de allí con el recuerdo echo una bola de dolor en mi mente y las lágrimas a punto de rodar por mis mejillas.

El aire fresco de la calle me ayudó a dominarme. Intentaba mantener la mente bajo control y para conseguirlo, comencé a realizar ejercicios de respiración prestando atención sólo al aire que entraba y salía por la nariz en la forma que había aprendido en las clases de yoga.

Me encontré frente a los almacenes El Corte Inglés sin tener conciencia de cuanto había andado y entré por hacer algo. Miraba por mirar, por pasar el rato, por olvidar. Hojeé libros sin comprar ninguno. Subí las escaleras mecánicas y en el departamento de “Mujer” compré un vestido estampado que me gustó y en el momento que abandonaba la Planta, vi una americana amarillo oscuro. Podría ponérmela encima del vestido que llevaba en la bolsa, haría un conjunto bonito –pensé. Y sin darle más vueltas a la decisión, lo compré. Al salir a la calle ya me había tranquilizado. No era la primera vez que esto me sucedía, en otras ocasiones ya había experimentado como la compra de objetos, libros, ropa o cualquier otra cosa que en el momento me apeteciera, me serenaba. Era un fenómeno que me hubiera gustado analizar con más calma, lo haría en la primera ocasión que se me presentara. Estaba segura de que tenía algo que ver con algún pequeño problema psicológico y eso aumentaba mi preocupación por mi falta de control en algunos momentos. Tenía que vencerlo, pero no sabía cómo. Tiempo, necesitaba tiempo... pero ¿cuánto debía transcurrir hasta acostumbrarme a las circunstancias diferentes de mi vida? ¿Conseguiría alguna vez adaptarme a ellas?

Con todas estas ideas embarulladas en mi cabeza, supe que Valladolid tampoco era el lugar que buscaba, no me proporcionaba quietud. Sin embargo, estaba segura de que en algún lugar desconocido en aquel momento, un rincón me estaba esperando, tenía que seguir adelante pero ¿a dónde iba? Sin pensarlo mucho volví a dirigirme hacia el Norte, a Santander. Descansaría al llegar a Palencia; más recuerdos, pensé. Pero ¿dónde no?. De allí cogería la N-611 hasta Santander. Palencia la tenía a la vuelta de la esquina, en media hora estaba allí.

Las casas de los balcones bonitos estaban ya edificadas. Así las llamamos Juan y yo la vez que estuvimos allí. Entonces los edificios todavía estaban en construcción. Ambos permanecíamos sentados en la terraza de aquel mismo bar en el que, ahora, me encontraba sola, haciendo comentarios sobre la especial arquitectura. A los dos nos gustaron las casas; recordaba como comentamos si sería oportuno comprar uno de los pisos. Palencia era una ciudad tranquila, llena de esa calma que tanto deseábamos pero finalmente la idea no cuajó, ya teníamos la casa del pueblo de Cuenca heredada por Juan y todo se olvidó.

Pensando en mi peregrinaje desde que salí de Madrid, comenzaba a resultar curioso el camino que estaba haciendo. Si prestaba atención al itinerario, observaba que era idéntico al realizado con Juan en diferentes etapas de mi vida. Como si cada ciudad que visitaba tuviera algo especial que decirme, algo que recordarme de los años pasados a su lado, pero no acertaba a descubrir qué. A partir de aquel momento, debía prestar más atención a todos los acontecimientos, tal vez el destino quería contarme algo que tenía olvidado o que no conocía

Después de la muerte de la madre de Juan fue cuando comenzamos a tener un respiro económico que tuvo consecuencias. En el cumpleaños de aquel año me regaló el Clio. A partir de aquel momento fue cuando empezamos a viajar en cuanto disponíamos de unos días libres. Recuerdo aquella época como una de las más bonitas de mi vida. Recorrimos España de Norte a Sur, de Este a Oeste y siempre acompañados de la misteriosa pasajera clandestina de la que Juan siempre decía que le “caía bien” aunque la ignorara porque era mejor – decía – “dejarla tranquila”.

Aquellos evocadores pensamientos, sin ser consciente, me ocasionaron una sonrisa y esa comprensión de que todavía conservaba la capacidad para la alegría, me animó. Seguro que llegaría a vencer aquella inmensa tristeza que era la dueña de mi persona desde el fallecimiento de mi amado Juan.

El año que pasamos en Palencia no estuvimos solos. Nos acompañaron Luis y Silvia. Decidimos viajar en dos coches puesto que el Clio podía resultar incómodo para los cuatro por lo que ellos condujeron su Seat Ibiza y Juan y yo nuestro pequeño y amado Clio. Era muy divertido mirar el mapa y quedar en un pueblo determinado, donde una vez reunidos, descansábamos a tomar una bebida o a comer si la hora era la adecuada.

Luis era zoólogo, lo mismo que Juan, compañeros de la Facultad y quisieron ir allí porque tenían información de la existencia de una pareja de osos que merodeaban por los montes de Peña Prieta y deseaban verlos para sacar alguna fotografía si las circunstancias les eran favorables. A Silvia yo no la conocía demasiado, precisamente hicimos amistad aquellos días de vacaciones en Palencia.

Nos instalamos en una casa alquilada a unos amigos en Cervera de Pisuerga y mientras

nosotras nos bañábamos en los embalses después de dar una hermosa caminata entre robles, pinos, hayas, álamos y encinas que nos dejaban con un enorme deseo del chapuzón que nos esperaba, o bien en la piscina del pueblo el día que no nos encontrábamos con ánimos de caminar, los dos maridos hacían sus correrías por los montes, aunque acabaron defraudados pues, a pesar de las largas y exhaustivas expediciones, no consiguieron su objetivo. Los osos no aparecieron por ninguna parte, sin embargo, ese pormenor no estropeó nuestro buen humor, es más, fue motivo de divertidas conversaciones cuando salíamos a dar nuestros paseos nocturnos después de las cenas en algún mesón o Restaurante que acostumbábamos a frecuentar.

Sentada en la terraza del Bar, inmersa en mis recuerdos, no me percataba de las miradas de algunos hombres que al pasar frente a mi, volvían la cabeza con insistencia. De nuevo ese nimio detalle me enfureció. Sabía que mi piel tostada por el sol destacaba con los tonos amarillos del nuevo conjunto que llevaba puesto pero, no sentía ningún deseo de ser admirada por otro hombre que no fuera Juan. Ya nunca podría volver a ver sus ojos posados en mi ni volvería a oír su voz alabando mi aspecto, lo bonito de mis ojos, lo atractivo de mi piel. No, no permitiría que nadie usurpara su puesto.

Salí de Palencia con las primeras luces de la mañana. Esta vez me vestí con un conjunto discreto. Un pantalón blanco y negro de pequeños cuadros, una blusa blanca y una chaqueta fina de punto, de color negro. Quería pasar desapercibida, como si estuviera sola en el mundo.

Cogí la N-611 que me llevaba a través de pueblos a Santander. Había conducido ya algún kilómetro, cuando se me ocurrió pensar que también podía dirigirme a León. Palencia enlazaba muchos de mis recuerdos con esta otra ciudad que, desgraciadamente, no tuve ocasión de llegar a conocer a fondo.

Mientras conducía carretera adelante, el recuerdo de lo sucedido en León durante aquellas, ya casi olvidadas vacaciones, aumentó mi tristeza. Las ventanillas bajadas le daban libertad al sano aire montañoso para acariciar mi rostro y, poco a poco, arrullada por aquella suavidad, mi mente desgranaba los sucesos pasados.

Fue en el viaje de vuelta a Madrid. Aun siendo diáfnas todas las escenas de aquellos recuerdos, en aquel momento no alcanzaba a clarificar en mi pensamiento por qué Juan y Luis viajaban en el Clio rojo, y Silvia y yo en el SEAT Ibiza que a ellos les pertenecía. Sí recordaba que habíamos decidido reunirnos en León para visitar la ciudad. Casualmente, ninguno de nosotros la conocía y precisamente Juan, tenía un obstinado interés por pasar unos días allí. Acordamos encontrarnos frente a la Catedral puesto que era el lugar más sobresaliente del que teníamos noticia y luego ya nos encargáramos de buscar alojamiento en un Hotel y sin más preámbulos, emprendimos la marcha en los diferentes coches.

.Recordaba como al llegar a León, Silvia y yo tuvimos que preguntar donde se encontraba situada la catedral como si fuéramos dos turistas despistadas y después de aparcar lo más cerca posible del impresionante templo, paseamos por la plazoleta para ver si los dos maridos ya habían llegado. Pero por más vueltas que dimos no los encontramos. La monumental iglesia, con sus dos macizas torres, acaparó nuestra atención por lo que decidimos entrar a visitarla, mientras dábamos tiempo a que llegaran Juan y Luis. Después de admirar la gran riqueza escultórica de los pórticos, sacar fotos y más fotos, nos trasladamos al interior para seguir disfrutando de aquella maravilla y al cabo de un tiempo bastante largo observando las maravillosas vidrieras policromas, el retablo mayor, la sillería, los diferentes sepulcros y el claustro, salimos para encontrarnos con los dos hombres que, suponíamos ya nos estarían esperando. Sin embargo, no encontramos rastro ni de Juan, ni de Luis, ni del pequeño Clio.

Esperamos paseando por los jardincillos hasta que, pronto, comenzamos a inquietarnos. Para hacer tiempo e intentar tranquilizarnos, entramos en un bar a tomar un tentempié. Pero la inquietud por la tardanza de Juan y Luis, que no había ocurrido en ningún momento a lo largo de nuestro viaje, nos causaba tal profunda ansiedad que sin acabar de tomar las cervezas ni los pinchos, salimos otra vez a pasear por los alrededores de la catedral por si veíamos a nuestros maridos.

La tarde empezaba a declinar y con los nervios ya bastante alterados, pensamos que no sería mala idea rehacer el camino de vuelta para tratar de averiguar si había habido algún

accidente por la carretera pero cuando salíamos de la ciudad en el Seat de Silvia, vimos como el coche rojo entraba a la ciudad.

Me parecía imposible tener tan vívido aquel recuerdo. ¡Cuánto me enfadé con Juan! Me sentí lo mismo que una madre profundamente alterada por la desaparición de un hijo travieso. En cuanto lo vi fui hacia él dispuesta, si me lo hubieran permitido, a darle unos cuantos buenos azotes por el mal rato que me había hecho pasar.

Por suerte, los dos hombres estaban bien. El único que no lo estaba tanto y el causante del problema del retraso, era el Clio, mi pequeño y amado coche rojo. Según nos explicaron, le dio por pararse en medio de la carretera y no tuvieron más remedio que intentar arreglar la avería que, por cierto, les había llevado su tiempo. A partir de entonces fue cuando comenzó a tener problemas, sin embargo era un coche duro, fuerte; aquella vida extraña que poseía, todavía le daba mucho para tirar. Y con un arreglo aquí y otro allá, continuaba rodando. Sí, y yo esperaba que me durara todavía un poco más.

El recuerdo del viaje a León continuaba tenaz. No llegamos a quedarnos en la ciudad a pesar de la insistencia de Juan. Yo me puse terca y sólo deseaba llegar a Madrid cuanto antes.

Ahora, la evocación de aquel enfado me causaba dolor y arrepentimiento. Después del suceso, siempre me había sentido culpable por no haber dejado disfrutar a Juan del intenso deseo que demostraba por conocer más la ciudad de León. Mi tonta intransigencia no se lo permitió y ya no hubo ocasión de volver a visitarla. En aquel momento, más que nunca, reconocía cuan considerado fue conmigo. Jamás me recriminó mi actitud sino que esperó con paciencia a que me arrepintiera de mi indebido comportamiento, cosa que, afortunadamente, no tardó en llegar.

Con aquel agrio recuerdo, se volvió a intensificar el resentimiento y la soledad. Ya no volvería a tener su apoyo nunca más y una irritación ante la impotencia de unos hechos inexorables agotaba todas mis fuerzas psíquicas. Necesitaba un control de mis emociones, era necesario que aceptase la ausencia de Juan, pero por más que lo intentaba no lo conseguía.

Estaba ya muy cerca de Santander. En Torrelavega enfilé la autopista.

Rondaban estos pensamientos en mi cabeza en el momento que vi el mar. Ya estaba en Santander. El Ferry descargaba sus pasajeros en el puerto, lo mismo que en aquellos años pasados. Parecía que la historia se repetía, sin embargo, era todo tan distinto... Ahora estaba sin la compañía amada, hablando a solas de momentos felices que me permitieran continuar viviendo.

Tuve la suerte de ver salir un coche aparcado, y metí el mío rápidamente en el hueco vacío. Con mi bolso en bandolera comencé a pasear por el puerto respirando la brisa marina y el olor a salitre tan añorado. La sosegada visión de los pequeños barcos anclados, los pesqueros, los yates de recreo, las gaviotas volando sobre el mar con sus gritos agudos, fueron apaciguando lentamente mi tensión y, paso a paso, me encontré en los jardines del Paseo de Pereda. Sentada en uno de los bancos me despojé de la chaqueta de seda negra y aunque las mangas de la blusa eran cortas, las arremangué aún un poco más para aprovechar y sentir en mi piel los calientes rayos de aquel último veraniego sol de Septiembre. Con el rostro levantado hacia el astro, cerré los ojos dejando que mi cuerpo captara toda su energía. En esta actitud me olvidé de todo. A mi alrededor había un vacío total. Serena, ausente, me pareció elevarme en el aire y gravitar en el silencio de un mundo que era únicamente mío.

El llanto de un niño me devolvió a la realidad, sólo necesité unos segundos para ubicarme y ya con los cinco sentidos alerta, me levanté del banco. Los paseos estaban llenos de gente que paseaban por él, ya no me pertenecía.

Mi nuevo camino me llevó hasta la Avenida de la Reina Victoria que subía en cuesta. Amplia, con hermosos edificios rodeados de jardines cubiertos de flores, bordeaba la playa que ya comenzaba a estar solitaria, donde algunos árboles parecía crecer casi dentro del mar. Me paré a contemplarlo con el alma llena de ansias por aquel recuerdo imborrable de la compañía de Juan. En la misma esquina donde me encontraba, me fijé en una casa no excesivamente grande en la que no había reparado. Las contraventanas, cerradas, de madera pintada de color verde, tenían una forma redondeada, semejante a la de un corazón. Se veía solitaria, abandonada. La rodeaba un jardín cubierto por enormes arbustos de hortensias con flores vistosamente coloreadas que poco dejaban ver de su interior. La casa parecía antigua, vieja ya. Sin embargo, la puerta que daba a la entrada del jardín era bastante nueva, una verja de hierro. Como si hubieran querido comenzar a modernizarla pero que el intento se hubiese interrumpido.

Desde la calle, sólo se podía ver la parte delantera del edificio en una de cuyas ventanas, un papel mal sujeto con un cordel, bailaba movido por el viento. Estaba medio doblado y el movimiento continuo no dejaba ver con claridad las letras escritas en él pero se adivinaba, sin mucho esfuerzo, que ponía: "SE ALQUILA".

Me fascinó la idea. Intentaría alquilarla, sin embargo, en el cartel no se distinguía ningún número de teléfono para ponerse en contacto, bien con los dueños, bien con la Agencia Inmobiliaria, pero esto no me intimidó, al contrario, aquella dificultad le dio firmeza a mi interés.

Busqué algún timbre en la puerta de hierro y en una lateral descubrí una campanilla de la que colgaba una cadena. La agité haciendo sonar el badajo y, aunque el sonido no fue demasiado estridente, al oírlo no pude evitar un sobresalto, entonces me di cuenta del total silencio que envolvía el lugar. Aquello era fantástico. Lo que yo buscaba.

Después de una espera moderada tras varias llamadas que no obtuvieron respuesta, iniciaba la marcha un poco decepcionada, cuando el ruido de unos pasos sobre la grava del jardín, me devolvieron la esperanza.

Pocos momentos después se abría la verja con un chirrido. Ante mis ojos apareció una mujer mayor, de cara pálida y con un algo en su aspecto que me desconcertó. Parecía una criada o ama de llaves surgida de una antigua película.

-Creo que se alquila esta casa ¿no?- pregunté.

-Se alquila- respondió la mujer escuetamente. Y apartándose a un lado, dejó libre la entrada con una intención que yo entendí como invitación a entrar.

El cristal de la puerta de entrada a la casa lo cubría un visillo de encaje en color crudo que la preservaba de las miradas externas. Al traspasarla, me encontré en un salón amplio. A medida que la sirvienta abría las ventanas, la luz iluminaba la estancia. El suelo, de madera encerada, estaba oculto, en parte, por una alfombra bastante usada pero muy limpia. No había demasiados muebles y casi todos antiguos. Un arca grande con herrajes, un bargeño de madera muy bien tallada y varios muebles pequeños, bien distribuidos. Lo que más destacaba era un bonito escritorio que parecía una antigüedad y un hermoso piano de cola. A la derecha de la puerta, frente a una ventana bastante grande, una mesa de comedor rodeada de seis sillas, le daba un ambiente hogareño a la estancia. En el extremo opuesto, un mirador acristalado con un velador y dos pequeñas butacas, permitían descansar la vista en la grandiosidad del mar Cantábrico que desde allí se divisaba.

Me quedé embelesada durante un rato mirando a través de los cristales para continuar, luego, con la inspección de la casa.

Era más grande de lo que por fuera parecía. Por una puerta situada al lado del mirador, se entraba en la cocina que tenía otra acristalada como la de la entrada principal pero en ésta los visillos eran de una tela más gruesa y con menos adornos. Por ella se salía al jardín trasero donde se veían, en la parte de afuera, una pequeña valla de madera, también pintada de verde y unas escaleras de piedra cubiertas de verdín con ramas entrelazadas de los árboles que nadie había podado desde hacía tiempo. Era evidente que aquellas escaleras bajaban hasta la playa pero, por su aspecto, debía de hacer años que no eran usadas.

La cocina, extremadamente limpia, tenía un fogón de carbón, apagado en aquel momento. En una alacena, unos estantes cubiertos de paños blancos de hilo, rematados en los bordes con una puntilla, mostraban platos, tazas y vasos todos muy bien colocados. Antes de salir, pude ver en un hueco, al lado del fogón, dos serones, uno con carbón y otro con leñas, obviamente para encender el fuego. Seguía desconcertada. No sabía qué pensar, todo aquello era anacrónico.

Parada al pie de la escalera que subía al piso alto, seguía la extraña mujer esperando en silencio a que yo terminara la inspección. Subió delante de mi para guiar el camino y al verla de espaldas supe el por qué de mi desconcierto ante su presencia. Parecía una persona sacada de una foto de principios de siglo. El vestido negro largo, que llegaba hasta los tobillos, cubiertos por unas medias negras de hilo, dejaba ver unos zapatos de tacón ancho, abrochados con una tira sujeta a un botón. El cuello del vestido, grande, plano, blanco, parecía incluso almidonado, y aquel delantal inmaculado de tela fina, casi transparente, sujeto a la cintura por una lazada ancha, le daba un aspecto arcaico, de sirvienta de otra época.

Las escaleras nos llevaron a un pasillo ancho en forma de ele, preservado por una barandilla de madera muy trabajada e iluminado por dos ventanas, una en un extremo y otra en el opuesto.

-Hay tres habitaciones con camas, puede usar la que quiera- dijo la mujer con su laconismo habitual mientras abría una puerta tras otra para mostrar las habitaciones.

La que más me gustó fue una que estaba situada al final del pasillo y en la que había también dos ventanas. Una daba a la parte Norte desde donde se divisaba el mar, y la otra, al Este, desde la cual se veía la calle. La cama era grande, alta, antigua como todo. Con un armario de cuatro puertas y un arca muy parecida a la del salón. A cada lado de la cama unas mesitas de noche, grandes, labradas, hacían juego con el cabecero de la cama.

-El retrete está abajo, al lado de la cocina- dijo la mujer.

No me había fijado en ese detalle importante, me había pasado desapercibido y entonces fue cuando vi que, en un rincón de la habitación, se encontraba un lavabo antiguo, de madera, con un espejo ovalado, una palangana de loza en el hueco dispuesto para ella y en el soporte del pie del lavabo, una jarra grande llena de agua. Aquella incongruencia todavía exacerbó más mi entusiasmo por la casa. Sí, me quedaría allí.

Le expliqué a la mujer que tenía que ir a por mi coche y que volvía en unos minutos pero en el momento de salir a la calle recordé que debía preguntarle el precio.

-Lo que se acostumbra- contestó la mujer sin darle importancia.

Todo era tan desconcertante en aquel ambiente que no me atreví a preguntar más. Daba igual el precio. Podría pagarlo y siempre tenía la opción de dejarlo si no me convenía, nada me obligaba.

Aunque la casa no me había parecido oscura, al salir a la calle, la luz del sol me deslumbró.

Caminé cuesta abajo por la bonita Avenida en busca del Clio que tenía aparcado en el paseo y hasta finalizar la pendiente, no fui consciente del ruido del tráfico y de la actividad de los paseantes. Todo era otra vez normal.

Antes de coger el coche, entré en una cervecería para calmar la sed y entretanto paladeaba la cerveza, pensaba en los curiosos detalles de la casa que pretendía alquilar. Me resultaba curioso y atractivo el encuentro de aquel, un tanto misterioso lugar. Esta circunstancia apartaba la situación de la rutina y me entusiasmaba.

De vuelta, aparqué el coche frente a la verja del jardín y saqué el equipaje. La puerta, esta vez, estaba abierta; supuse que esperando mi llegada, por lo que entré sin llamar. La peculiar mujer permanecía inmóvil al pie de las escalera y, o antes me había pasado inadvertido o, ahora en el salón se encontraban otras cosas. Dos grandes retratos pintados al óleo de un hombre y una mujer de aspecto claramente ochocentista, colgaban de una pared que antes me pareció vacía y sobre el piano y las mesitas, aparecían diferentes cuadros con fotos dispuestos de una manera cuidadosamente desordenada.

Curiosa, los observé. Algunas fotografías eran muy antiguas. En una de ellas, dos niños, al parecer gemelos, vestidos de marineritos, con unos sombreros de paja de la época de Maricastaña, agarraban un aro de juguete tan grande como ellos.

-Son dos de los hijos de los señores. Murieron en la mar, ahogados.

Las palabras de la mujer que detrás de mí me observaba sin yo advertirlo, me hicieron dar un respingo. Ella, sin dar importancia a mi sobresalto, cogió otra foto donde una joven vestida con un antiguo traje de novia, sonreía tímidamente. Vislumbré una ligera luz en sus ojos inexpresivos cuando dijo:

-Esta es su nieta.

Después de contemplarlo durante unos momentos, volvió a dejar el cuadro en su sitio y ya sin ninguna emoción ni en su rostro ni en sus palabras, me informó:

-La habitación está preparada.

Sin embargo, apenas le presté atención. Por fin veía algo más en consonancia con el mundo real en el que yo estaba viviendo. En un marco de plata, la figura de una jovencita rubia sonreía. El peinado, crepado y tieso por la cantidad de laca, los clásicos zapatos de tacón ancho, suela de plataforma y la falda corta que enseñaba unos bonitos muslos, los identifiqué con los años 70. Seguramente fue la afinidad de identidades lo que me hizo sentir un afecto hacia aquella mujer, al menos, algo nos unía, ambas, más o menos pertenecíamos a la misma generación.

-Es la señorita Rosario, la biznieta de los señores.

Por segunda vez pegué un respingo. Aquella mujer dejaba oír su voz en el momento más inesperado.

-He preparado una mesa para comer en el mirador. Espero que le guste.

En efecto. El velador estaba retirado apoyado junto a la pared y en su lugar había una mesa cuadrada pequeña, cubierta con un mantel bordado sobre el que, un servicio blanco de loza fina esperaba a que yo me sentara.

-¡Oh! Muchas gracias. Me encanta la idea.

Desdoblaba la servilleta que puse sobre mis rodillas, al mismo tiempo que la mujer se acercó a la mesa con una sopera en las manos en completo silencio.

-¿No se sienta usted a comer?- le pregunté ligeramente azorada. Me parecía inadecuado sentirme servida por aquella persona tan mayor como si yo fuera una señora feudal.

-Yo ando a lo mío- respondió la mujer.

Seguidamente destapó la vasija y vertió en el plato unos cazos de sabroso caldo que despertaron mi apetito casi olvidado.

Por tener un poco de conversación y también por algo de curiosidad, pregunté:

-Perdone, no se su nombre.

-Me llamo Petra.

Después de darle a Petra la ropa que necesitaba lavar, estuve poniendo un poco de orden en mis papeles, revisando cuentas y facturas. La mujer me llamó para cenar sobre las nueve y media y al sentarme a la mesa puede ver, tendida en el jardín trasero, toda mi ropa ya lavada secándose al viento. Había sido un día agotador, así que, una vez finalizada la cena subí a mi habitación para acostarme. Encima de la mesita de noche, Petra tenía preparada una jarra de agua y un vaso y este simple hecho de atención hacia mí, me emocionó de tal forma que tuve que secar mis lágrimas. Tenía que reconocer que estaba excesivamente sensibilizada. Me lavé la cara en la palangana con un agua que me pareció suave y ligeramente tibia y que me dejó relajada y serena. Mientras me preparaba para dormir, sentada en la cama veía desde la ventana mi pequeño Clio aparcado en la puerta de entrada. Asombrada, vi como de él salía una mujer rubia, muy parecida a la de la fotografía de los años 70 que había estado admirando aquel mismo día en el salón; la misma muchacha a la que Petra había llamado señorita Rosario, "la biznieta de los señores". Solamente las diferenciaba la edad. La que salía del coche era mayor, una mujer de unos cuarenta años. En aquel momento, un repeluzno en la piel me recordó las palabras de Juan: "Llevamos un pasajero clandestino, una mujer rubia..." Aunque estaba sentada en la cama sin moverme, de alguna manera inexplicable, pude ver como la mujer entraba, cruzaba el salón, subía las escaleras y entraba en mi habitación. Sin tener motivo, respondí a su sonrisa. La mujer se sentó a mi lado y me cogió una mano. La tibieza de su contacto era real, auténtica.

-Tengo que hablarte aquí. No puedo hacerlo en otro sitio- me dijo con dulzura, con una voz suavemente grave.

-He venido para decirte que debes aceptar tu dolor. No te irrites con los recuerdos, Avelina. Ellos son lo más hermoso que tenemos. Debes saber que la muerte no es un fin, es sólo un cambio en el que tú puedes seguir amando a Juan. Él, donde está, recibe tu amor y te recuerda con cariño. Puedes tener la convicción de que eres una persona afortunada, Avelina, porque tus recuerdos son agradables, amables. Olvida la aflicción y se feliz. Disfruta de los momentos vividos al lado de Juan, piensa que, no todos pueden rememorar sus vidas de una manera tan bella. Tú, sí. Has amado y te han correspondido ¿qué más puedes pedir? Ama la vida que no acaba, es sólo un camino que te lleva a la perfección. Tienes que seguir adelante hasta que llegue tu momento para el cambio. Ese cambio que tu amado Juan ya ha alcanzado. Tú, todavía, tienes una misión que cumplir, hacer aquello para lo que, cada uno de nosotros hemos sido creados. En este momento, sólo debes amar y ser feliz con tus recuerdos. Acuérdate de mis palabras porque no podré volver.

Sobresaltada, abrí los ojos. Había tenido un extraño sueño. Miré por la ventana. La luz de un farol iluminaba mi coche que permanecía aparcado tal como lo dejé. Vacío.

No pude volver a conciliar el sueño aunque el silencio era total. Me sentía rara, invadida por una inmensa paz. Deseaba revivir el sueño, oír de nuevo las palabras que aquella mujer rubia

me había dicho, pero sólo recordaba fragmentos "...ama tus recuerdos, ama tus recuerdos..."

La luz del alba me encontró vestida con la maleta hecha, ya no deseaba continuar en la casa. No era miedo lo que me embargaba sino una sensación de que ya mi estancia allí, era innecesaria, como si hubiera concluido esa misión desconocida que se me había encomendado. Bajé en silencio a recoger la ropa tendida. No sabía donde dormía Petra y temía despertarla. Con más rapidez de lo normal, salí a la calle, metí la maleta en el portaequipajes y aceleré el coche cuesta abajo.

Circulaba por el paseo hacia la carretera de salida, cuando recordé que no había pagado el alojamiento. Mi orgullo mal entendido se negaba a volver después de mi escapada pero no me parecía justo. Al fin y al cabo, Petra me había tratado bien, volvería y le daría una explicación. Giré el volante, di media vuelta y encaminé el coche cuesta arriba. En el lugar donde debía encontrarse la casa, había un solar en construcción.

Me quedé paralizada. Salí despacio del coche. Miré más arriba y más abajo. No me equivocaba. Todo era igual, menos la casa. ¡No estaba! En su lugar, un solar vallado, dejaba ver el esqueleto de un nuevo edificio. Sentí un mareo. Un temblor en las piernas. Por un momento el pánico se apoderó de mí. Pensé si estaría volviéndome loca. Tal vez el dolor por la muerte de Juan había sido demasiado fuerte y me había trastornado. No podía creer lo que estaba sucediendo y a mi mente llegaron desordenados todos los extraños recientes incidentes. La satisfacción al comprar cualquier cosa aunque no fuera necesaria, la tristeza siempre presente imposible de dominar, el recuerdo imborrable de Juan... la soledad inmensa ... la mujer rubia... sus palabras... ¿Había sido sueño o realidad...?

Comenzaron a llegar unos obreros que me miraron con curiosidad, allí parada, sin saber qué hacer me sentía mal, indecisa. Unos metros más abajo vi a una mujer mayor de pelo blanco que barría la acera de su casa. Bajé con el coche lentamente y frené junto a la acera donde ella estaba barriendo.

-Buenos días. Perdone, busco una casa que tiene unas contraventanas de madera pintadas de verde, en forma de corazón- Titubeé sin saber como continuar *-...creí que estaba en esa esquina donde están construyendo.*

La anciana dejó de barrer. Pude leer el interés en sus ojos.

-Esa casa la echaron abajo hace tiempo. ¿Es usted de la familia?

-Eh... no. Bueno...me hablaron de ella...me dijeron que se alquilaba.

-Pues que raro- contestó la mujer con un gesto de extrañeza en su rostro *-Era una casa muy antigua, de los señores Ortiz Montero. Él era médico. Vivieron aquí desde siempre.*

Noté que la mujer se animaba con la conversación. Yo la escuchaba ansiosa, deseando que continuara hablando.

La anciana dio unos golpecitos con la escoba a unas hojas secas y volvió a pararse.

-Hubo muchas tragedias en esa familia- Se acercó a la ventanilla del coche, supuse que para ser más confidencial y continuó en voz baja, como si no quisiera que la escuchara nadie o como si lo que iba a decir fuera un secreto innombrable.

-Tuvieron tres hijos. Los dos primeros eran gemelos y se le ahogaron en la mar, un día de tormenta. La madre, desde entonces, dejó de ser ella. ¡La pobre! Creo que se volvió un poco loca. El otro hijo siguió viviendo en la casa al morir los padres- y continuando bajando todavía más el tono de voz como si fuera un gran secreto, dijo: *- Luego se casó pero se le murió la*

mujer de parto. Una niña tuvieron...- Hizo un silencio para tomar un respiro mirando a un lado y a otro como si temiera ser escuchada . Yo no perdía palabra, la historia empezaba a parecerme familiar.

-...ella... la niña esa que tuvieron... ¿sabe? Luego se casó muy joven con uno de esos a los que le gustaban mucho los aeroplanos y esas cosas. Porque era gente muy rica, de mucho dinero pero muy sencilla y muy buena gente, sí... un poco rara... esa es la verdad... pero bueno, cada uno tiene sus manías...

Volvió a callar y a dar unos cuantos barridos con la escoba. Me estaban irritando sus silencios y sus golpecitos con la escoba, alejándose y acercándose al coche, no podía permitir que se callara, necesitaba conocer toda la historia.

-Ah... ya... y...

-El marido era de Madrid. Iban y venían. Estaban un tiempo aquí y otro allí hasta que les nació la niña, la señorita Rosario. Ella fue la última que vivió en la casa después de que los padres se mataron en un accidente con una avioneta... ¡sí es que esos inventos no traen nada bueno!

Volvió a quedarse en suspenso, barriendo un poco aquí y allá, como si los golpecitos con la escoba la ayudaran a recordar.

-Una familia muy desgraciada, sí.-dijo como para sí- La chica estudiaba en Madrid, la señorita Rosario, la hija ¿sabe? Los veranos los pasaba aquí y quería arreglar la casa.

Volvió a parar de barrer y apoyó las dos manos encima del mango de la escoba.

-Fíjese usted lo que son las cosas- dijo mientras meneaba la cabeza de arriba abajo –Un día nos enteramos de que ella también se había matado en un accidente de coche en Madrid. ¿Usted es de Madrid?- preguntó cambiando totalmente la expresión de su cara y levantando la voz. Se había roto el sortilegio.

-Eh... Sí, sí... Unos amigos me hablaron de esta casa pero no sabía...

La mujer me interrumpió para mi suerte porque ya no sabía como continuar.

-Luego ya no vino nadie durante un tiempo. Hasta que un día, anduvo gente por ahí y al poco la destruyeron. Debieron venderla. Ahora dicen que van a hacer un Hotel o pisos, no sé.

-¿Y cuánto tiempo hace que murió la señorita Rosario?- pregunté intentando atar cabos.

-¡Uy! Lo menos... hace siete años o diez, no sé, por ahí, no me acuerdo... Hace tiempo ya

.

-Oiga- volví a preguntar al ver que la mujer daba por terminada la charla -¿Y no tenían una sirvienta que se llamaba Petra?

-¡Anda, ya lo creo!- dijo con mucho énfasis -Vivió con ellos toda la vida. Desde que era una mozuca que vino de un pueblo de la montaña, hasta que se murió de vieja. Ya cuando la señorita Rosario era una muchachita. ¡Uy, la Petra, la Petra! Pobrecilla.

Dio un escobazo en la acera como punto final y saludando con la mano se metió en la casa.

Aceleré cuesta abajo. Tenía que pensar. Poner todos aquellos sucesos en orden. Salí a la carretera y cogí la autopista hacia Torrelavega.

Continué camino por la N-634 sin apenas fijarme en nada. En mi mente se repetían en una confusión imposible de ordenar, las palabras oídas en el sueño o lo que fuere y las de la anciana que me aseguró la existencia de una familia misteriosa que, sin embargo, yo había conocido en parte: La señorita Rosario...la señorita Rosario... Ama, ama su recuerdo. La vida no se acaba.... Y entre todos esos recuerdos, destacaban las palabras de Juan cuando me decía "Es un ser femenino que debió morir en este coche. Una mujer rubia, me cae bien". La que salió de su coche, también era rubia. ¿Acaso era la misma mujer? ¿La señorita Rosario? Instintivamente miré por el espejo retrovisor. El asiento trasero estaba vacío. Pero yo la había visto salir del coche aquella noche ¿Fue un sueño? La casa, las fotos, Petra ¿todo había sido un sueño? No, todo era real. Había comido en la casa, todavía podía paladear el sabor de la sopa caliente. Me habían lavado la ropa, la llevaba limpia en la maleta. Había conversado con Petra. Ella fue la que llamó por primera vez señorita Rosario a la joven de la foto, la misma que había salido del coche. No, no era un sueño. Tenía que aceptar que me había ocurrido algo sobrenatural, tenía que encajarlo.

Llegué a una bifurcación. La N-621 me llevaba a León. Por un momento me fijé en el paisaje, grandioso. Sin embargo, la intensidad de los acontecimientos vividos, me superaban. ¿Por qué había ocurrido? ¿Estaba Juan en algún lugar inconcebible para mi y quería darme una señal de que su vida continuaba? Si era así ¿por qué no me lo dijo él mismo? Las palabras de la mujer rubia continuaban repitiéndose machaconas: "Tengo que hablarte aquí, no puedo hacerlo en otro sitio..." y al final "No podré volver..."

Mi cerebro era un amasijo de ideas contrapuestas. Iba a necesitar mucho tiempo para aclarar todo aquello. A pesar de todo, reconocía que aquel desorden tenía una parte positiva. El dolor por la muerte de Juan, no existía, se había suavizado, en su lugar, estaba formándose en mi interior una gran serenidad. Con insistencia volví a recordar: "...es un camino... estamos para cumplir una misión...para hacer aquello para lo que hemos sido creados..."

¿Y yo, para qué había sido creada? En todos aquellos sucesos comencé a percibir la mano del destino. Había escogido aquel determinado itinerario con una intención, había llegado a Santander, la ciudad que tanto gustaba a Juan, sin tenerlo proyectado de antemano y allí, se fraguó el suceso, coincidentemente, la ciudad era donde el ser misterioso que ocupaba mi coche, había nacido y había vivido. Eso podía asegurarlo. Era evidente que todo aquel fantasmal asunto no podía tomar cuerpo en otro lugar, solamente allí. Y ahora iba hacia León porque DEBÍA estar en esa otra ciudad aunque todavía no conociera el motivo. Sí, la mano del destino me guiaba y ante esta evidencia, un sentimiento de euforia me invadió. Aceleré la marcha mientras colocaba en el cassette una cinta de música celta. "Everytime" de "The Barra McNeils". Sonaba dulce, etéreo. 120 por hora, 130, 160. El coche derrapó en una curva, no podía controlarlo, algo saltó a la carretera. Una rueda pinchada, pensé. Los frenos se negaban a obedecer. Sin perder los reflejos procuré desviarme hacia la derecha y accioné el freno de mano con fuerza. Un ruido estridente paró el coche entre sacudidas. Solté el cinturón de seguridad y salí lo más rápidamente que pude. Oía a goma quemada y un líquido apareció por

debajo del coche. Las dos ruedas delanteras estaban reventadas, a una de ellas le faltaba el tapacubos. Anduve unos pasos examinándome a mí misma. No parecía que tuviese nada roto, sólo me dolía un poco la frente pero, afortunadamente, no sangraba. Más tranquila examiné el coche detenidamente, me había quedado sin él. Sentí un dolor inmenso, casi físico y me pareció como si todo se derrumbase a mi alrededor.

Poco rato después fui consciente de mi situación, necesitaba ayuda, no podía quedarme estúpidamente parada sin hacer nada. Busqué la documentación del coche en el momento que un jeep de la Guardia Civil aparcaba detrás de mi Clio destrozado.

El camión con la grúa dio un giro para ponerse delante del Clio. El mecánico, un hombre fornido de unos más de cuarenta años, estudió el aspecto del coche durante unos minutos, por la expresión de su cara supe que se confirmaba mi suposición, mi querido Clio decía adiós para siempre. Por lo visto él ya había cumplido su misión.

Al llegar a León, en el taller, el mecánico me entregó un albarán con los datos recogidos del coche,

-Aquí está el número de teléfono. Llame el Lunes y le diré con seguridad lo que se puede hacer pero ya le anticipo que me temo que va a tener que ir al desguace. Bueno, usted verá.

-¿No lo puede mirar ahora y decírmelo?-pregunté impaciente, la ciudad de León me traía recuerdos amargos y deseaba partir de allí cuanto antes.

-Señora, hoy es Sábado y cerramos por la tarde, no tenemos tiempo.

Mi reloj de pulsera marcaba las once de la mañana, con tantos acontecimientos ocurridos en tan corto tiempo, no recordaba ni la hora en que vivía. Pronto se cumpliría una semana desde que había salido de Cuenca en busca de algo que no sabía qué era. Y aunque ahora tenía que poner en mi mente muchas más cosas en orden que cuando salí, me sentía más capaz. Sí, había encontrado un camino. Debía saber interpretar el papel que se me había designado "...aquello para lo que había sido creada". Con este pensamiento decisivo, sentí una profunda realización, era un descubrimiento imprevisto que le daba un sentido a mi vida, a todas mis circunstancias. Estaba segura de ocupar el lugar que me correspondía en el plan divino. Me sentía en orden con el Universo. Y lo mejor de todo: lo aceptaba.

El taxi acababa de llegar. Vací el Clio, tenía que despedirme de él, me hubiera gustado decirle cuanto le amaba y cuanto le agradecía su servicio pero pensé que crearían que me había vuelto loca, así que me limité a darle en el capó una palmadita cariñosa y subí al taxi sin poder evitar que dos lágrimas rodaran por mis mejillas.

Acomodada en la habitación del Hotel, estuve un buen rato bajo el agua caliente de la ducha, luego me vestí y, antes de dar las doce, paseaba sola por las calles de León que no conocía, rememorando aquel enfado con Juan ya pasado. Era casual que a mi también se me hubiera estropeado el coche poco antes de llegar a León lo mismo que a él, aquel día tan lejano...¿o no era tan casual y estaba predestinado?

Me senté en una cafetería junto a una cristalera desde donde se veía la calle. El edificio que tenía enfrente, era bonito. Volví a recordar a Juan. No podía olvidarlo pero el dolor que sentía ya no me producía ira sino todo lo contrario, una gran tranquilidad. Pensé que a él le hubiera gustado conocer la ciudad, pasear por sus calles, conocer todos sus monumentos, sus Museos... Qué felicidad si estuviéramos los dos allí sentados tomando un café charlando de un montón de cosas... Ahora, sabía que el destino me había llevado hasta allí por alguna causa

todavía desconocida. Esperaría a que me fueran marcadas las pautas a seguir. De momento pensaba conocer León a fondo, no iba a dejar piedra sin descubrir; se lo debía a Juan y así se lo dije:

-Nos quedamos, Juan. Nos quedamos.

La autora

Magda Rodríguez Martín, escribe por afición desde que un día su vida cambió.

En 1993-94-95 asistió a un taller de escritura en Madrid. Allí publicó en los libros de final de curso, dos relatos titulados "MI TIEMPO" y "LA CASA". Colaboró con cuentos y relatos en Revistas y periódicos gratuitos: "La Gaviota", "Pacífico" "Todo Villalba", etc.

El 24 de Septiembre de 1994 se publicó en el periódico "EL DÍA" de Cuenca, su relato titulado "MIS VACACIONES EN CUENCA"

En 1996-97 participó con una serie de cuentos en la Semana Cultural de Alpedrete. En esa fecha ganó el 2º premio con el relato titulado "UN RAMO DE MIMOSAS" en la Revista Cultural de Alpedrete "El Molino".

En 2001, se publicó su relato "LA DEUDA" en el IX Certamen literario "Experiencia y vida" de la Junta de Extremadura. En 2002 obtuvo el 2º premio en la III Edición del Concurso literario "Letras para el camino" con el relato titulado "UN NUEVO INTENTO".

En 2005 fue ganadora del Primer premio del Concurso Literario Villa de Colmenarejo con el relato titulado "ÁTICO C"

En 2007 obtuvo 2ª Mención Honrosa en el Concurso Internacional de Cuento Infantil (ESVAL) del Círculo de Escritores de la Quinta Región - CHILE con el cuento titulado "AVENTURAS Y DESVENTURAS DE LA BABOSA MILAGRITOS".

